

# ESTUDIOS BEJARANOS

Nº XXIX · 2025



CENTRO DE ESTUDIOS BEJARANOS

# CÓMPLICES

J. FRANCISCO FABIÁN

En las manos del niño sentado en el suelo vibró el teléfono móvil que estaba manejando con mucha atención. Era una sala pequeña, casi cuadrada, con un sofá pegado a una de las paredes, escoltado por dos sillones y, en frente, un mueble de madera oscuro de mediana altura en el que destacaba una televisión encendida en el centro, a cuyos lados había agrupadas más de una decena de fotografías en portarretratos diferentes, que, al ser tantas, no permitían fijarse fácilmente en una sola. También había una planta con flores amarillas. Entre el sofá y el mueble, encima de una alfombra, presidía el espacio una mesa de cristal en la que, sin mucho orden, se veía un plato lleno de cáscaras de pipas de girasol, una bolsa con pipas enteras medio vacía, de la que se habían derramado unas cuantas y tres vasos, uno con hielo nada más, otro que había tenido un líquido marrón del que ya quedaba poco y un tercero, sin líquido, en el que se veía la bolsa de una infusión de manzanilla. Con todo ello, un par de revistas, un teléfono móvil, un ovillo de lana con dos agujas de plástico que lo atravesaban y, a su lado, un trozo de tejido del mismo color que el ovillo, pero con una franja amarilla aproximadamente por el medio.

El niño que manejaba el teléfono no llegaba a los diez años de edad. Era de constitución ancha y fuerte, vestía únicamente un pantalón deportivo blanco, por lo cual se le advertía en el torso la piel suave y lisa, todavía de niño, sobre un cierto exceso de carne. Tenía la cabeza muy redonda y algo grande, el pelo rubio muy corto y de punta, lo que le daba a su cara un aspecto gracioso, que, todo mezclado con facciones proporcionadas, algunas pecas y ojos chispeantes, firmaban en él un aparente carácter simpático, amable y bonachón.

El teléfono que había vibrado temblaba haciendo un leve zumbido continuado, que, a pesar de ello y del sonido de la televisión, resultaba notorio. Al principio, ninguna de las tres mujeres que acompañaban al niño hizo caso del ruido intermitente del aparato al vibrar esperando que el muchacho lo detuviera, pero como no lo hacía, ya que era él quien debía hacerlo, la mujer sentada en el sofá más cercano, que era su madre y que miraba con atención al televisor mientras comía pipas, hizo un movimiento hacia adelante casi sin dejar de mirar al frente, y le dio un suave golpe sobre el hombro. *¿Es que no oyes que suena el teléfono?*, le dijo. El chaval no contestó, absorto como estaba en el manejo del aparato, por lo que la mujer le miró de nuevo con un gesto ahora severo y volvió a golpearle en el mismo sitio con algo más de fuerza. *¿Daniel, estás sordo o qué te pasa?*, le dijo casi gritando. (Normalmente, por las buenas, le llamaba Dani, pero si se trataba de hacerle algún reproche o reiterarle alguna orden, recurría al nombre completo, a la vez que elevaba el tono de la voz). La mujer que acababa de hacer y decir esto rondaría los cuarenta años. Vestía con poca ropa (pantalón corto verdoso y una camiseta sin mangas

rosácea, ajustada a un cuerpo que se diría razonablemente bien alimentado, en el que se le veían varios tatuajes, uno en un muslo representando una especie de laberinto, otro en el antebrazo con una frase breve en letras árabes y otro en el cuello con dos aves volando). Estaba descalza en el sofá y llevaba una pulsera de varios colores en un tobillo, el único que se le veía, porque se encontraba sentada sobre el otro. Su tez era morena, aunque el cabello era claro, los ojos muy oscuros, resaltando en la cara redonda bien proporcionada en todas sus facciones, lo cual denotaba aún restos evidentes de una belleza pasada. Llevaba el cabello recogido hacia atrás. Esta mujer tenía un gesto en la mirada que contenía un cierto temperamento y quizás en ello, también alguna clase de ansiedad, todo mezclado. Se llamaba Inés.

La otra mujer, junto a su lado en el sofá, apartó la vista de la televisión y observó lo que estaba sucediendo con la tranquilidad propia de espectadora que no tiene que intervenir en la escena. Miró primero a la mujer que había hablado, que era su hija, y luego, al chaval, que, ante la segunda frase de la madre, sin alzar la cabeza del teléfono que manejaba, dijo casi gritando: ¡Papá, que te llaman por teléfono! y remató diciendo ¡Jooo!, como quejándose de los hechos, por cuanto sabía que le interrumpirían en lo que estaba haciendo. Se refería a su padre, que estaba asomado al balcón abierto desde la sala, desde donde se veía a un hombre que rondaría los cuarenta años, solo vestido con un pantalón corto que le llegaba a las rodillas y que tenía a un lado el escudo de fútbol del Real Madrid. Era un hombre velludo al que empezaban a distinguírse en la cabeza evidentes canas, también en el vello que le cubría el pecho y parte de la significada tripa que no acertaba a cubrir el pantalón deportivo, por lo que se optaba por quedar debajo de ella para evitar ridículos. Era un hombre con la barba muy marcada en la piel, dejada crecer varios días intencionada o descuidadamente, incluso las dos cosas. Se encontraba ligeramente inclinado sobre la barandilla del balcón mirando a la calle y viendo desde lo alto del tercer piso los coches que pasaban y la gente que iba de retirada a sus casas después de pasear para tomar el fresco, ya que era esa la única hora posible de salir en medio de la ola de calor.

El hombre, que estaba fumando, se giró al darse cuenta de que las palabras de su hijo eran para él, pero no entendió toda la frase del muchacho, puesto que la televisión tenía el volumen un tanto alto. Entre esto y el ruido de los coches que pasaban a oleadas por la calle cuando se abría un semáforo cercano, el hombre, alzando la voz, preguntó al muchacho por lo que pasaba. El niño contestó algo sin dejar de mirar el teléfono móvil, pero como la mujer que estaba cerca advirtió que no le podía oír, extendió la mano bruscamente hasta tomar el teléfono que manejaba y arrebatárselo de las manos. ¡Toma, que te están llamando!, dijo al hombre del balcón, que era su marido, en un tono un tanto exaltado por la contrariedad que aquello implicaba y las consecuencias de interrumpir la trama de lo que estaban viendo tan atentamente en la televisión. Se incorporó con un movimiento poco ágil, mientras decía al hombre que venía a su encuentro desde el balcón, de nuevo en un tono que no era el normal: ¡No entres, que estás fumando! Le

entregó el teléfono y de inmediato, incluso antes de sentarse, fijó de nuevo la vista en la televisión porque no quería perder detalle de la película que veía, en la que, además de la trama intrigante, el protagonista era un actor que se parecía mucho al chico con el que mantuvo un maravilloso idilio cuando iba al instituto (al menos eso creyó siempre ella), aunque nunca cruzaron ni una sola palabra. Quizá por eso le recordaba con aquella dulce y tranquila pasión que le iba a durar toda la vida.

Perdido el teléfono, el niño se revolvió hacia la madre con cara enfadada, lo cual le restaba encanto a su habitual gesto simpático. La señora que estaba al lado de su madre, que era su abuela, sin decir nada, no perdía detalle de todo, pareciendo con ello que le motivaba eso más que lo que veía en la televisión. Era una mujer que rebasaría en poco los ochenta años, alta para ser mujer y delgada, con la cabeza pequeña y la cara alargada, en la que destacaban con mucho protagonismo los pómulos; destacaban, en parte, por sí mismos y en parte, por la estrechez de la faz, de la que caía la piel arrugada debido a la edad y también a una presunta pérdida de peso. Cerca de una de las orejas, esta mujer tenía en la piel un antojo de color entre granate y morado, que en su juventud le había creado un cierto complejo, hasta que se casó, puesto que pensaba que los hombres podían no acercarse a ella por esa razón y no tendría las mismas oportunidades. Por cosa de su ser, mantenía en momentos de tranquilidad como aquel los labios tan cerrados y apretados que parecía que no tuviera boca. Mostraba una actitud tranquila, pero en la mirada, si se activaba por alguna novedad, se advertía una personalidad más allá de cualquier pura tranquilidad, propia de un temperamento más vivaz en tiempos pretéritos, ahora sosegado. Vestía una camisa con cuello redondo gris con dibujos inconcretos y, sobre ella, una chaqueta de punto azul oscura. De las piernas no se veía nada, puesto que las cubría con una manta fina, a pesar de ser verano y ser una noche calurosa. Decía que era por el efecto del aire del ventilador que oscilaba lentamente en el techo, como si fuera una lámpara. Esto de tener frío en verano, aunque no le incumbiera para nada, le indignaba al hombre que estaba en el balcón, su yerno, sin saber muy bien por qué. Le indignaba más por el hecho de que fuera su suegra y viviera en su casa que por otra cosa y por esta razón, a Arturo, que era como se llamaba, cualquier cosa de la señora le parecía criticable. Había llegado a aquella casa de forma provisional cuando, por una caída en el supermercado, se rompió la cadera. De eso hacía ya tres años y no se había ido, quejándose continuamente de dolores e inconvenientes ante su hija para no volver a la triste casa de viuda en un piso bajo. Arturo, su yerno, pensaba sin dudarlo que era una treta para no volver a vivir sola. Inés, en cambio, como era su madre, procuraba buscarse alguna justificación para creerlo. Arturo callaba, aunque de vez en cuando soltaba indirectas, pero Inés rehuía el conflicto, porque sabía que, si estallaba de verdad y su marido llegaba lejos en su indignación, su madre tendría que irse. Entre tanto, le manejaba con astucia sumando meses a su favor, consciente de que, a mayor número de años, más fácil sería que no se marchara nunca. No la quería allí, pero era su madre, además, la ayudaba en la cocina, que no le gustaba nada.

Perdido el teléfono, el niño se giró hacia una muchacha adolescente que estaba sentada en un sillón próximo a la mujer mayor. La muchacha tenía los cabellos oscuros en una media melena, con dos mechas moradas a un lado que llamaban la atención. A pesar de algunos granos en la cara ancha, era guapa y parecía que no fuera muy alta, quizás también por estar un tanto hundida en el sillón. Tenía los ojos negros, la boca carnosa, las cejas muy anchas y oscuras y en una de las ventanas de la nariz, se dejaba ver un pequeño anillo dorado. Vestía una camiseta con tirantes de color morado claro y un pantalón corto y fino del mismo color que la camiseta, que dejaba ver dos muslos firmes y tostados por el sol, en uno de los cuales se veía un tatuaje representando a una rosa y a su lado una fecha. Había estado y estaba ajena a todo, solo centrada en teclear a dos manos con los pulgares el teléfono móvil que la tenía abstraída. Se llamaba Noelia, como su abuela allí presente, aunque a su abuela la llamaban Paula, que era su primer nombre.

Tras girarse el niño hacia ella, que era su hermana, le pidió que le prestara el teléfono que manejaba. Noelia, sin dejar ni un instante de mirar a lo que tenía entre las manos, ahora con una sonrisa que no tenía nada que ver con su hermano, le negó la posibilidad con la cabeza. Como el niño insistiera, le dijo bruscamente ¡Que no! Y déjame en paz. Entonces el niño se giró hacia su madre quedando de rodillas ante ella y le rogó que le prestara su propio teléfono. ¡Ni hablar! –contestó ella, tomándolo de encima de la mesita que tenía delante con un movimiento brusco— ya sabes lo que te dije. Así para otra vez tienes más cuidado con lo que haces. ¡Y cállate que estamos viendo la película! La mujer mayor siguió de nuevo los acontecimientos con la mirada atenta sin intervenir. Ante los fracasos cosechados, Dani, se levantó con el ceño fruncido y dijo que se iba a tomar el colacao. Su madre apartó la vista de la televisión por un momento para decirle: ¡Dos madalenitas, eh! Ni una más, que las tengo contadas. Dani no la miró y salió de la habitación por una puerta calada que alternaba la madera con el cristal, en el que se veían unos dibujos florales. La abuela Paula le siguió con la mirada, sin decir nada, solo moviendo los ojos lo suficiente para fijarse en quién hablaba, aunque no oía bien, porque estaba un tanto sorda, de ahí que tuvieran que tener la televisión alta, cosa que también indignaba a Arturo. Por eso y por fumar, se salía al balcón. ¡Qué calor hace todavía, para ser la hora que es! –dijo Inés sin dirigirse a nadie— a ver si se pasa el verano ya de una puñetera vez. Paula esto lo entendió leyéndolo en los labios de su hija. Podría haber dicho algo en contra, pero sabía que estando en casa ajena tenía que callar opiniones inútiles e incluso también las útiles, aunque fuera con su hija.

Arturo comenzó a hablar por el teléfono desde el balcón y no precisamente en voz baja. Como se dio cuenta de ello, dejó el cigarro entre los labios y con la mano libre fue a cerrar el balcón para que no se le oyera. Lo advirtió Inés y de un salto fue a detenerlo. ¡No, que nos cocemos aquí dentro! ¡Habla más bajo, hombre, que no te cuesta tanto! El balcón quedó abierto como estaba y Arturo se fue a un extremo. ¿Qué pasa, David?... No, ya hace más de media hora que lo hemos hecho. Estaba en el balcón fumando y tomando un poco el fresco... ¿Cuándo?, ¿esta noche?... Ah, vale. Sí, sí, mejor mañana,

que es víspera de fiesta y así tenemos tiempo de organizarlo mejor. ¿De dónde lo has sacado?... ¿Azulejos y escombros del baño? ¿Se lo estás haciendo tú?... Bueno, poco a poco y eso que se ahorra, claro que sí... Nada, que por mí no hay problema, cuando digas... Oye, espera un momento, ¿te cabe en la furgoneta también una lavadora vieja de mi madre? La tenemos para tirarla y me da pereza llevarla al punto limpio, no sea que me vayan a poner alguna pega y echar el viaje en balde. Lo tenían que haber puesto más cerca, coño, que está a tomar por saco... Vale, vale. Sí, la taza vieja del vater la podemos poner encima, ya total la lavadora no se va a estropear más de lo que está. Tiramos primero los escombros tuyos y luego, en otro sitio, la lavadora. Mejor los llevamos a dos diferentes, que en el de los escombros ya hay bastantes. Por disimularlo, me parece a mí, no sea que lo vigile la policía municipal. Los escombros donde las otras veces y la lavadora sé de un camino con un terraplén que la descargamos en un momento y la echamos por allí entre la maleza sin problema... Pues estupendo. Muy bien. Si ya lo tienes todo en sacos y dentro de la furgoneta, mucho mejor, así es más fácil y más rápido... Bien, bien. Entonces solo es sacarlos y tirarlos por allí. Menos tardamos... De acuerdo, tienes razón... Bueno, si ves que no cabe la lavadora por algo, hacemos dos viajes. No tengo prisa, pero me tengo que deshacer de ella, porque en la casa de mi madre estorba... Vale, vale. Es de las normales o más bien pequeña... Vale, venga, a las once y media, que luego más tarde por esa zona van parejas en coche a sus cosas, ya sabes. A esa hora es pronto todavía para ellas... Sí, sí. Mejor así. Te espero a la puerta del bloque de mi madre con todo preparado. Tendré la lavadora en el portal para que no la esté viendo la gente que pasa hasta que llegues. Aparcas un momento en doble fila o en el garaje de al lado y la echamos dentro. Entre dos, pesa poco... Muy bien, entendido todo. ¡Ah! oye, espera, ¿me llevo un par de cervezas fresquitas en una bolsa con hielo y nos las bebemos luego fumando un cigarro al fresco en la zona de la fuente?... ¡Jajaja! Eso nunca viene mal, como si llevas dos... Vale, mejor liados ya, así no hay que ponerse a ello. Yo te estoy esperando a las once y media a la puerta... Venga, hasta mañana, adiós, adiós.

Con una sonrisa en los labios, Arturo abrió un poco la puerta del balcón y preguntó por Dani para devolverle el teléfono. Estaba en la cocina, le dijo su mujer. Toma, anda, dale el teléfono cuando vuelva. Arturo podía habérselo llevado hasta el sofá, pero se quedó parado en la puerta del balcón esperando que ella se acercara a cogerlo. ¡Acércamelo, hombre!, no me hagas levantar, que no te cuesta tanto, ¡jolín!, exclamó ella casi sin dejar de mirar a la televisión. Pero si me has dicho que no entre fumando, ¿en qué quedamos?, respondió su marido. Entonces la señora que estaba al lado de Inés intentó incorporarse para coger el teléfono. Al ir a hacerlo, perdió el equilibrio, cayó de nuevo sobre el sofá y volvió a quedar sentada donde estaba. Intentó levantarse de nuevo, pero ante ello, Inés, con cara de contrariedad, la contuvo con un brazo a la vez que se incorporaba ella, dio dos pasos y casi con cierta brusquedad, tomó el teléfono que le ofrecía su marido con la mano tendida. Él se lo entregó observando su cara de desagrado y volvió al balcón pensando en lo que le había oído decir a su madre toda la vida: que a las mujeres a veces

no hay quién las entienda. A su vez, Inés, mientras se dejaba caer de nuevo sobre el sofá, siempre sin dejar de mirar a la televisión, suspiró y dijo algo entre dientes que nadie entendió, ni pareció interesarle. La señora mayor la miró sin decir nada y la joven, que seguía enfrascada manejando el teléfono móvil a dos manos, permaneció a lo suyo, ajena a todo, concentrada en la pantalla del artefacto con una sonrisa, que a veces, por lo que fuera, se hacía más extensa.